

El Señor en la casa

John Thomas MAWSON

biblicom.org

«Luego, al salir de la sinagoga, entraron en casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan. La suegra de Simón yacía enferma con fiebre; y enseguida le hablaron de ella. Acercándose, la levantó tomándola de la mano; y la fiebre la dejó, y les servía» (Marcos 1:29-31).

Algunas personas limitarían al Señor a los servicios del domingo y, cuando estos terminan, cerrarían la puerta de su lugar de culto, como ellos lo llaman, lo encerrarán y vivirán el resto de la semana sin referencia a Él. Pero me atrevo a decir que si todo lo que conocen del Señor se limita a un día a la semana, no lo conocen en absoluto y, además, que quienes realmente lo conocen dirían que si solo lo conocieran durante los servicios del domingo, Él tendría para ellos poco más valor que el que tienen los dioses de los paganos para sus devotos; ellos lo necesitan todos los días. Además, el Señor no se limita a un día a la semana, o a lo que podríamos llamar el aspecto religioso de nuestra vida. Nos ama demasiado para eso; se complace en estar con nosotros en nuestros hogares y en los gozos y penas de nuestra vida cotidiana. Proclamo un Salvador cotidiano, un Salvador doméstico, que comprende las dificultades domésticas y sabe resolverlas con su poder y su gracia.

«Entraron en casa de Simón»: directamente de la sinagoga al hogar. Estoy seguro de que Simón le pidió que fuera con él, pero estoy igual de seguro de que le hizo sentir a Simón que eso era lo que Él quería. Había problemas en casa de Simón: su suegra tenía fiebre y toda la casa estaba alterada. ¿De dónde venía esa fiebre? Intentemos aprender una lección de esta historia. Quizá no esté de más pensar en esta suposición. Poco antes, Simón había renunciado a una vocación lucrativa. Había dejado la barca, las redes y el pescado para seguir al Señor, y su suegra podía ver que el Señor no tenía nada, ni siquiera una casa; era un pobre sin un lugar donde reclinar la cabeza, y si Simón le seguía, ¿no se quedaría él también sin casa? Simón parecía haber hecho una tontería, y su suegra, práctica como era, empezó a preguntarse y a preocuparse por su hija. Simón era tan testarudo que no tenía sentido hablar con él. Debí de pensar que tenía que cargar con todo y asegurarse de que a su hija no le faltara de nada. Es posible que pasara noches en vela, planeando preparativos y angustiada, y que la angustia se convirtiera en preocupación continua hasta que tuvo fiebre y cayó enferma sin fuerzas. Fue su amor por aquellos a los que tanto quería lo que causó todo esto; no comprendía que cuanto más se preocupaba por ellos, menos podía ayudarles. ¿No era esta la causa de la fiebre? Sin embargo, fuera o no la causa, todos sentían lástima por ellos.

Vayamos de la casa de Simón a la de ustedes y veamos si esta historia no les toca en

alguna parte. Por una razón o por otra, hay cosas que les van mal, se han preocupado por ellas y han hecho planes para remediarlas, pero no han podido enderezarlas; cuanto más han pensado en sus dificultades, más les han parecido enredos sin remedio, hasta que se han hartado de ellos, lo que se ha sumado a las dificultades que han querido resolver, y a las cargas que han querido aliviar de los hombros de los demás. Sería bueno que se preguntaran, no principalmente por esas dificultades, sino por su propio estado, por la ansiedad y la perplejidad de su corazón.

Pero volvamos a la casa de Simón. El Señor se sintió allí como en su casa, y los habitantes de la casa se dieron cuenta de que se interesaba tanto por ellos que le hablaron de la enferma.

Qué maravilla, sobre todo si pensamos en quién era él: el Altísimo, el Santo que habita en la eternidad, y ante quien se postran y adoran los ejércitos del cielo; sin embargo, la esposa de Simón no le tenía miedo; él era tan amable con ellos, tan accesible, que podían llevarle sus preocupaciones y hablarle de ellas. Quiere que confiemos en él y que le dejemos entrar en nuestras casas y en nuestras vidas. El otro día oí hablar de alguien que tenía varias cargas y estaba desesperado por confiárselas a alguien, pero no conocía a nadie en quien pudiera confiar. La familia de Simón no se sentía así respecto a Jesús, y nosotros tampoco deberíamos.

El estilo lacónico de Marcos da vida a todo esto. «Enseguida le hablaron de ella. Acercándose, la levantó tomándola de la mano». Entró inmediatamente en la habitación y, al cogerle la mano, cesaron los gemidos de la enferma, se estabilizó su pulso, le bajó la fiebre y se calmó de inmediato. Solo el contacto de aquella mano compasiva pero todopoderosa lo cambió todo. El contacto con Jesús calmó la fiebre y la levantó. No la dejó en estado de debilidad, no hubo período de convalecencia. No necesitó conocerle durante mucho tiempo para confiar plenamente en él respecto a su hija, su familia y todos los demás problemas. Su tacto, su mirada, eran suficientes, no tenía nada que temer si él estaba cerca de ella; y se levantó –la fiebre la abandonó– y les servía. ¡Qué cambio! ¡Qué Salvador, nuestro Señor!

Yo sé qué clase de mujer era, nada le daba más placer que servir a los que amaba; pero la fiebre la había vencido, no podía hacer nada para ayudarlos y se había convertido en una carga para aquellos a quienes hubiera querido servir. Pero ahora estaba libre de nuevo, su corazón podía expresarse a través de sus actividades, podía reanudar su vida normal y servir al hogar que amaba; y tenía que hacerlo de una manera que nunca había hecho. La experiencia de su propia debilidad en la fiebre y la fuerza que Jesús le había dado a través de su toque la habían hecho completamente nueva en

su forma de servir. Su toque había transformado su amor en un servicio tranquilo, sencillo y desinteresado.

Pasemos de nuevo de la casa de Simón a la suya, y piensen en ustedes en lugar de en su suegra. Necesita el contacto con Jesús. Él le dice: «¡Yo os daré descanso!», «Hallaréis descanso para vuestras almas» (vean [Mat. 11:28-29](#)). ¡Qué maravilloso será cuando encuentre ese descanso! ¡Qué tesoro tan inestimable! Entonces se dirá de ustedes: «En quietud y en confianza será vuestra fortaleza» ([Is. 30:15](#)). Entonces serán una ayuda y no un estorbo en su hogar, un siervo (o sierva) feliz de satisfacer las necesidades de los demás, y el servicio que presten será el servicio del amor, amor primero al Señor y luego a los demás.

Llevemos nuestras cargas y preocupaciones al Señor. Nuestros hogares pueden ser su reino. La puerta del mundo está cerrada para él, cerrada y atrancada; pero nosotros podemos abrirle las puertas de nuestras casas y obligarle a entrar. En respuesta a nuestra invitación, será nuestro huésped; podemos contárselo todo y dejar que se haga cargo; es nuestro huésped, pero también nuestro Señor. Ningún detalle es demasiado pequeño para su gracia, ninguna dificultad demasiado grande para su poder. Qué diferencia cuando un padre y una madre doblan en secreto sus rodillas ante él, y qué bendición cuando una familia se compromete con el hábito diario de la oración. Si se le pide y se le permite que se ocupe de las cosas, el resultado será paz, orden y satisfacción. Si el Señor está presente, el hogar más humilde se transformará en una morada real.